

PALABRAS INAUGURALES

HOMILÍA EN LA MISA INAUGURAL DEL CURSO

Mons. André Dupuy, Nuncio Apostólico de S. S. en Venezuela

El Evangelio de este día nos recuerda una verdad que a menudo olvidamos: la lógica de Cristo es diferente de la lógica humana. Cristo no ha venido para ser el primero y el más importante, sino para estar cerca del último, del marginado, de aquel a quien todos desprecian. Es la lógica de la paternidad de Dios y de la fraternidad humana.

Ahora bien, esta lógica descompone tanto nuestra escala de valores como nuestro comportamiento. Un predicador decía, con cierto humor, que nunca se ha visto un general lustrando las botas de un soldado, ni a un presidente de la República sirviendo a la mesa a su camarera! Hace veinte siglos, esta misma lógica incomodaba a los apóstoles que tenían dificultad en comprenderla y aceptarla. Es más, tenían miedo de hacerle preguntas acerca de la pasión de la que les había hablado. Tenían miedo a una explicación que disipara sus sueños y esperanza, así como el enfermo que no pregunta al médico porque tiene miedo que le confirme su enfermedad. A los apóstoles les preocupaban los asuntos sobre el prestigio y la superioridad; convencidos de la próxima inauguración del Reino de Dios, a ellos les interesaba presentar sus candidaturas como primer ministro del futuro Mesías-Rey.

Ocupar el primer puesto, ¿no es la aspiración de todos nosotros? Una aspiración que, por si misma, no es mala y que Cristo no condena. Lo que condena es el motivo y el modo de actuarla: si alguien quiere ser el primero, que se haga el último; y si alguien quiere ser el más importante, que se haga el servidor de todos.

La única motivación debe ser el servicio. La ambición, el afán de dominio o la búsqueda de gloria, solamente conducen al egoísmo. Por el contrario, aquel que sirve con humildad, el que prefiere a los pobres, a los débiles, a aquellos que no tienen voz ni poder, es el que sigue el camino del Señor Jesús.

Esto nos hace ver el abismo que separa la lógica del Evangelio de la lógica del mundo. Si Dios, el señor y maestro, ha querido humillarse hasta lavar los pies de sus discípulos, haciéndose el último de todos, nosotros no podemos pretender alzarnos hasta el primer puesto. La lógica del Reino es una sola: la que pone el servicio y el don de sí mismo en lugar del poder.

Tenemos que elegir entre dos lógicas: la de la envidia, de las rivalidades, de las ambiciones, de las injusticias que nos conducen a todo tipo de desórdenes y conflictos, y la lógica de Dios, que nos lleva a la tolerancia, a la mutua comprensión, a la justicia y a la paz.

En el evangelio que hemos leído, Jesús ilustra esta enseñanza con un gesto profético. Él llama a un niño, lo abraza y lo pone en medio de sus discípulos, que están disputando quién es el más grande. Lo pone en medio de sus discípulos, para enseñarles concretamente que los seres frágiles y débiles, que pueden defender sus derechos, deben ocupar el centro de sus vidas. Acoger a ellos es acoger al mismo Cristo.

Jamás hemos terminado de nacer, nunca hemos dejado de ser niños. La edad no importa. Conocemos jóvenes de 85 años y viejos de 35. Juan XXIII decía que “la Iglesia no es un museo de arqueología. Es la fuente en medio del pueblo, que debe dar agua viva a las generaciones de hoy, como la dio a las generaciones pasadas”.

Santa Teresita del Niño Jesús, la humilde monjita de Lisieux, de la cual celebramos hoy la memoria, nos ofrece una hermosa ilustración del evangelio que acabamos de leer. Ella constituye un bello ejemplo de quien ha aceptado la lógica de Dios, tan diferente de nuestra lógica humana. La vida de Santa Teresita nos enseña que sólo en la pobreza se puede vivir esta lógica de Dios y hacerla propia.

Tenía que decir esto hoy, cuando ustedes empiezan un nuevo año de estudios, es decir un año de preparación intelectual y espiritual en vista del ministerio que les será confiado. Ustedes tienen la oportunidad de poder estudiar en las condiciones que les ofrece el ITER de facilidad y de calidad de enseñanza, que no tienen muchos religiosos y religiosas del mundo, por ejemplo de los tres países africanos -Ghana, Benin y Togo – donde he vivido durante siete años. Les digo esto para que sean conscientes, no sólo de sus oportunidades, sino también de sus responsabilidades.

El estudio es fundamental para profundizar nuestra fe, para crecer en la fe. Pero no es suficiente. Es necesario que el estudio alimente nuestra fe, nuestra vida espiritual. El tiempo que ustedes dedican al estudio no debe sustituir el tiempo que deben dedicar a la oración. En la vida del cristiano, particularmente del religioso y de la religiosa, la oración debe ocupar un lugar preferencial. Alguien decía que la oración es necesaria para el creyente como el agua para el pez. Un pez sin agua se muere. Un creyente sin oración no puede comunicar la vida en Cristo.

Pero quisiera decirles algo más: deseo que ustedes aprendan a saborear el silencio. No solamente porque el silencio es necesario para el estudio, sino también y sobre todo, porque es necesario para escuchar la voz de Dios. ¿Saben ustedes cuál era el secreto de Gandhi, ese hombre físicamente frágil, el cual, durante 40 años, ha logrado tener en sus manos un pueblo de 400 millones de personas sin recurrir jamás a la violencia, ni con palabras ni con hechos? Gandhi encontraba su fuerza en esa pequeña voz que cada día escuchaba en lo más hondo de sí mismo; él escuchaba continuamente dentro de sí el silencio de Dios, el silencio convertido en vida.

Hoy tenemos miedo del silencio. Me ha sucedido, un poco por casualidad, viajar en el carro de algún sacerdote y obispo; y les puedo decir que, en el noventa por ciento de los casos, llevaban la radio encendida y escuchaban música. Nosotros vivimos constantemente condicionados por el ruido.

Me ha contado la historia de una señora anciana, que vivía en París, y que fue un fin de semana a pasar tres días de retiro espiritual en un monasterio perdido en el campo. Llegó el viernes por la tarde, escuchó el sermón del sacerdote y la misa, y se fue a dormir. Al día siguiente, durante el desayuno, buscó al sacerdote para decirle que, lamentablemente, no podía seguir en el monasterio. Entonces el sacerdote, preocupado, le preguntó si se le habían aparecido fantasmas o había tenido apariciones. La señora respondió que no; pero que allí había una cosa horrible: un espantoso silencio que no le permitía dormir. La señora estaba tan acostumbrada al ruido de la calle de su casa que el silencio le impedía conciliar el sueño y descansar,

Cuando se vive en una gran ciudad como Caracas, se necesita, más que en otras partes, buscar el silencio para mantener un cierto equilibrio interior. No lo olvidemos: son aquellos que han elegido el silencio en su vida, es decir la cercanía a Dios, a quienes más debemos las mayores

transformaciones del mundo. ¿A que le debe Santa Teresita su grandeza? Al hecho de que ella entregó su vida escondiéndose en el silencio de Dios. Había entendido la llamada del mundo, había escuchado el grito de todas las miserias humanas y por lo mismo decidió colaborar en la construcción del reino de Dios. ¿Cómo? Escondiéndose en un monasterio de carmelitas, en el silencio de Cristo.

Les deseo firmemente que descubran el tesoro del silencio. El silencio es la condición para entender y para ponerse al servicio de la verdad. Lean los primeros versículos del capítulo tercero de Santiago, donde se compara la lengua con el timón de las naves. Aunque la nave sea grande, el timón es pequeño; sin embargo, es el timón el que imprime la dirección del barco. La lengua es el timón del barco de nuestra vida. Aprendamos a manejarla con firmeza y seguridad, a fin de que se convierta en el veneno mortal del que nos habla Santiago.

¿Cómo manejar la lengua? Con el silencio. Es necesario que la palabra nazca del silencio. San Ignacio de Antioquia tenía una fórmula genial: ser, sin hablar, vale más que hablar sin ser. Caminaba hacia el martirio y, por el martirio, iba a convertirse en palabra de Dios.

El silencio es necesario, pues en el silencio podemos aprender a nacer de nuevo. Este nuevo nacimiento es una condición indispensable para crecer en el conocimiento de Dios. Si nosotros queremos llegar al corazón de la verdad, debemos amar el silencio: “Jamás me he arrepentido de haberme callado - decía el cardenal Newman-; pero, a veces, sí me he arrepentido de haber hablado”.

Estoy consciente de que la mayoría de ustedes son religiosas y religiosos: el silencio es indispensable para alcanzar una vida religiosa y humana que sea auténtica. El consejo de Jesús a Marta vale para cada uno de nosotros: una sola cosa es necesaria, el mirar, el escuchar, el encontrarle a Él y perderse en Él. Si uno conociera todos los milagros que el silencio puede hacer, le agradecería más y lo buscaría más.

El silencio es esencial para quien desea perseverar en la vida religiosa. Porque en el momento del desaliento o de la mediocridad no hay otro remedio que el propuesto a aquellos que, en el desierto, buscan la curación: fijar los ojos en la serpiente de bronce. Sin contemplar al Señor en la cruz, la nueva serpiente de bronce, una contemplación que sólo se puede hacer en el silencio,

es imposible perseverar. Por lo tanto, no hagamos del silencio una mera consigna o una disciplina que cada uno se impone.

Dios Padre nuestro, por intercesión de Santa Teresita del Niño Jesús, enséñanos a amar el silencio que Tú nos has dado como compañero de nuestras vidas. Te lo pedimos a Ti que eres la misma Palabra, la Palabra que crea, la Palabra que libera y la Palabra que vivifica.